

ENRIQUE KRAUZE

## INGLATERRA, ESTADOS UNIDOS Y LA EXPORTACIÓN DE DEMOCRACIA

PARA DAVID AYLETT

**N**O HACE MUCHO tiempo, la prensa de México anunció la existencia de un programa del gobierno norteamericano para promover la democracia en el continente. El documento oficial reconocía que "el pueblo norteamericano encuentra más efectivo el trato con gobiernos democráticos que con regímenes autoritarios" y anunciaba una reunión continental a mediados de 1969 para aprobar y "promulgar la Carta Magna de la democracia panamericana". Ningún editorialista se ocupó de remachar críticamente la noticia con la pregunta obvia: ¿De cuándo acá los Estados Unidos se muestran tan interesados en la democracia continental? No era necesario: para mostrar su natural escepticismo bastó entrecomillar, en la transcripción del documento, la palabra democracia.

Esta pequeña anécdota sobre una gran desconfianza ilustra la dificultad que tendría la democracia más poderosa del mundo si persistiera en el proyecto de exportar su sistema político. El problema no está, desde luego, en el sistema: la democracia es, como se sabe, el menos malo inventado hasta ahora por el hombre. Tampoco en una supuesta impermeabilidad o irreductibilidad cultural de las naciones que volvería difícil la adopción de la democracia occidental en países que han vivido, por siglos, en otras tradiciones. La dificultad está en la experiencia histórica de los Estados Unidos en el continente americano y la inadecuada conciencia norteamericana sobre ella.

No todas las democracias poderosas y aun imperiales de la historia han tenido la misma limitación. Inglaterra es el caso más claro. En el mapa del antiguo imperio británico hay una constelación de democracias. Dejemos a un lado a las más obvias, fundadas directamente por inmigrantes británicos: Canadá, Australia, Nueva Zelanda y, desde luego, Estados Unidos. Las pequeñas islas del Caribe que vivieron o viven bajo la bandera británica son democráticas: Santa Lucía, Bahamas, Saint Vincent. Algunas, como Jamaica, Trinidad o Barbados, han resistido la prueba de fuego de la democracia: establecer y remover —pacíficamente en todos los casos, salvo Granada— gobiernos cercanos al totalitarismo.

Se dirá, con razón, que el implante democrático inglés no funcionó o funcionó mucho menos en otros sitios. Por ejemplo en África. Quizá era difícil con-

trarrestar la cultura tribal; quizá en este caso fue excesiva la avidia imperial. Con todo, en muchas de las antiguas colonias inglesas persisten vivas, si no las instituciones, al menos las preocupaciones típicas de la democracia. Nigeria no se resigna a vivir una dictadura; Sudán, desgarrado por el hambre y la guerra civil, tiene un *Times* que no le pide nada a su homólogo en Londres. Zimbawe, la antigua Rodesia, ha sido una de las grandes sorpresas políticas de estos tiempos, la prueba de que los métodos democráticos pueden prevalecer sobre los ímpetus más radicales, atemperándolos, encauzándolos. Pero el testimonio mayor del éxito con que Inglaterra pudo trasplantar la democracia es la joya del imperio: la India.

Da tristeza contrastar este mapa democrático con el de las zonas de influencia norteamericana, en particular en Latinoamérica. Se trata, es verdad, de experiencias históricas distintas: Estados Unidos no ha sido un imperio formal a la manera europea. Tratándose de los países centroamericanos, por ejemplo, la equiparación más justa de Inglaterra no debería ser con Estados Unidos sino con España, cuya cultura política no contribuyó precisamente al florecimiento democrático en el área. Pero aun con esas limitaciones, el ejercicio de equiparación parece válido. Después de todo, los Estados Unidos han estado presentes en la zona más de siglo y medio. Sin los costos e inconvenientes del aparato colonial podían haber inducido en los países una emulación democrática activa que ya se daba en muchos liberales del siglo XIX: de Sarmiento a Juárez. Es claro que no lo hicieron, pero no es claro por qué.

En Estados Unidos se han publicado recientemente varios libros de genuina autocrítica nacional (*The Closing of American Mind, The Rise and Fall of Great Powers*). Si no se trata de una moda más, llegará el momento en que los norteamericanos se pregunten por qué han fracasado en sus relaciones con el mundo; por qué el *ugly american* es más que un estereotipo; y por qué, en fin, sus convicciones democráticas hacia el exterior carecen de credibilidad. Para abordar estos temas requerirán de un tratamiento humanístico —la historia comparada, por ejemplo— ajeno a sus enfoques habituales. No es fácil que un académico norteamericano se pregunte: ¿Qué tenían los ingleses que no hayamos tenido nosotros? Por eso,

mientras el milagro de autocrítica ocurre, hay que formular y contestar la pregunta por ellos.

Una vía posible para hacerlo está en comparar las actitudes de Inglaterra y Estados Unidos frente a la vida política de dos países fundamentales en sus zonas históricas de influencia: la India y México. Salvadas todas las diferencias esenciales del caso, el ejercicio analógico puede arrojar cierta luz sobre la forma en que las democracias pueden o no, deben o no, promover, en países que la desconocen o la practican de modo limitado, la democracia.

#### LA EXCEPCIÓN DE WOODROW WILSON

Al consumir la independencia, los caudillos mexicanos quisieron sepultar la herencia española y construir un orden nuevo. El modelo natural fueron los Estados Unidos. México nació con la mirada puesta en ellos. En 1824 el país adoptó una constitución inspirada en la Carta de los Founding Fathers que *El Sol*, un diario mexicano de la época, consideraba "una de las creaciones más perfectas del espíritu... la base en la que descansa el gobierno más sencillo, liberal y feliz de la historia". En algunos liberales mexicanos, la admiración por las instituciones y las ideas políticas de Norteamérica llegó al extremo de opacar los más elementales sentimientos nacionalistas. La Sección de Tejas en 1836 y la Guerra de 1847 en la que México perdió más de la mitad de su territorio, convencieron poco a poco a los liberales de que el racismo doctrinal del "destino manifiesto" no otorgaba mayor crédito a sus esfuerzos democráticos. Así, mientras poetas mexicanos leían los *Federalist papers*, Walt Whitman justificaba la sed de expansión como una hazaña democrática: "Anhelamos que nuestro país y su ley se extiendan lejos solamente en la medida en que ella quitará los grilletes que impiden que los hombres gocen de la justa oportunidad para ser felices y buenos".



A mediados del siglo XIX México vivió una guerra civil de connotaciones ideológicas muy marcadas. Por un lado, con ayuda de algunos gobiernos europeos, los conservadores buscaban continuar la tradición política española. Por otro, y a pesar de la Guerra del 47, los liberales seguían viendo a la democracia del norte como un modelo. La posible aunque paulatina consolidación de una república democrática y federal al sur de su frontera no conmovió mayormente a los estadistas norteamericanos. Si apoyaron a los liberales fue a cambio de concesiones, o promesas de concesiones, comerciales y territoriales. La supeditación completa de la diplomacia norteamericana a los intereses económicos de su país siguió siendo la pauta aún en 1867, cuando México había expulsado al último soldado francés de su territorio. Siguió diez años en los que bajo el gobierno de los presidentes Juárez y Lerdo de Tejada el país se aproximó como nunca antes a la auténtica vida democrática, sin que por ello los valores de la diplomacia norteamericana variaran un ápice. El sesgo de James Blaine a favor de una "penetración pacífica" que derramase "depósitos de vitalidad nacional sobre otros países" dejaba atrás, en teoría, la sed territorial pero no incluía la democracia entre los "depósitos". Durante la larga dictadura de Porfirio Díaz México terminó por voltear sus ojos a Europa y desconfiar de la democracia imperial: la urna adentro y el *Big stick* afuera.

La historia pudo ser distinta si entre 1910 y 1913 el gobierno del presidente Taft hubiese tenido alguna sensibilidad hacia la vida democrática más allá de las fronteras de su país. En verdad no se requería mucha, porque lo que sucedía entonces en México era un capítulo probablemente único en la historia de la democracia en Occidente. Un joven empresario, Francisco I. Madero, acaudillaba una revolución pura e inoportunamente democrática contra Díaz. Madero había estudiado en Berkeley y conocido el mensaje de la corriente "progresivista", que a su regreso aplicaría a México con determinación mesiánica. Para Madero la democracia no era una ideología: era una religión. Las fuentes más íntimas de su acción y su fe —el espiritismo, la teosofía india— no eran muy distintas de las de la vasta progenie de Madame Blavatsky, la misteriosa fundadora de la Sociedad Teosófica en los Estados Unidos que por muchos años viviría en la India y que en 1879 se había sentado a los pies del Swami Dayanananda Savasvati, el "Lutero del hinduismo" que predicaba una vuelta a los Vedas. Desde 1903, Madero transfirió su misticismo personal a la democracia y planeó hasta el último detalle de una cruzada que ejercería por siete años y que desembocaría, a pesar suyo, en una revolución. Antes del estallido, Madero alentó periódicos de oposición, fundó clubes políticos, financió personalmente multitud de iniciativas de crítica y creó finalmente, en un país ajeno a la vida de partidos, un partido de oposición. Siguiendo con fidelidad el modelo político norteamericano, emprendió también las primeras giras electorales por los estados. Según Alan Knight la huella del despertar democrático "progresivista" era clara:

Los reformistas mexicanos emulaban los métodos y temas del progresivismo: la crítica moralista a la política de los "boesses"; la preocupación cívica por instaurar gobiernos representativos y honestos. En un nivel más profundo, el maderismo —como el progresivismo— fue también un movimiento de clases medias urbanas, a un tiempo beneficiarias del crecimiento económico y portadoras de los tradicionales valores del liberalismo constitucional.

En octubre de 1911, concluida una revolución poco cruenta y tras el exilio definitivo del dictador, Madero llegó a la presidencia mediante las elecciones más unánimes y limpias que registra la historia contemporánea de México. Durante los quince meses en que gobernó, México vivió una experiencia democrática plena, mucho más profunda y amplia que la del período de Juárez: pulcritud electoral, división de poderes, variedad de partidos, respeto a la autonomía municipal y estatal, federalismo efectivo, todo ello en el marco de una completa libertad de expresión y crítica. Por desgracia, la diplomacia norteamericana que lo había apoyado limitadamente contra Díaz (el viejo dictador coqueteaba demasiado con Europa y Japón) añoró muy pronto los tiempos de paz y buscó por todos los medios una vuelta al *status quo ante*. "Si se considera la política financiera y externa de Madero —apunta Knight— parece incomprensible la extrema y virulenta oposición norteamericana a su gestión". Madero revirtió la política probritánica de Díaz y respetó escrupulosamente el derecho de propiedad, pero Washington no concedía mayor crédito a estos hechos y se escandalizaba en cambio frente a las más pálidas medidas democráticas como la legalización de la vida sindical. Madero, es verdad, enfrentaba una creciente oposición política, militar y revolucionaria pero el desorden político era consecuencia natural de decenios de dictadura. El pueblo, que había votado por él, nunca le retiró la confianza. No lo tiró una revolución sino un cuartelazo en el que intervino un embajador norteamericano olvidado hasta en su ciudad natal pero cuyo nombre recuerdan todos los libros escolares de México: Henry Lane Wilson.

Hasta el estallido del *coup* en febrero de 1913, Lane Wilson había ejercido una oposición sistemática contra Madero. En ese momento, con la indulgencia del presidente Taft y el secretario de Estado Knox pasó de la guerra diplomática a la diplomacia de guerra. Los planes para deponer al hombre que los mexicanos conocían, desde entonces, como "El apóstol de la democracia", se llevaron a cabo en el recinto de la embajada norteamericana y derivaron en lo que los mismos protagonistas llamaron "El pacto de la embajada". A trece días del inicio del cuartelazo, Madero murió asesinado. Meses después, un enviado del nuevo presidente norteamericano Woodrow Wilson exponía su versión de los hechos:

Sin el apoyo que el embajador de los Estados Unidos dio al general Huerta en sus planes de traición contra el presidente, la revuelta habría fracasado... El presidente Madero no fue traicionado y arrestado por sus oficiales hasta que no hubo dudas de que el embajador norteamer-

cano no tenía objeción contra semejante hazaña. El crimen ocurrió con su patrocinio.

"La historia —escribe Hugh Trevor Roper— es lo que ocurrió en el contexto de lo que pudo haber ocurrido". Si en lugar de favorecer al general Huerta, el presidente Taft hubiese propiciado al menos el exilio de Madero, la historia de México sería distinta. Pleno de legitimidad y de una experiencia política de la que carecía, Madero hubiese regresado a su país para restaurar el orden democrático y deponer al nuevo dictador: Victoriano Huerta. Esta restauración, apoyada por Wilson, hubiese sido cruenta pero menos de lo que, a la postre, fue la guerra civil que se desató en el país a causa del magnicidio. El nuevo triunfo de Madero hubiese consolidado, quizá de modo permanente, el sistema democrático en México. Por añadidura, la coincidencia de los dos progresivistas en el poder hubiese sentado un precedente de comprensión y colaboración efectivo entre los dos países. Por desgracia, no ocurrió. Lo que pudo ser una política activa de promoción democrática se convirtió en una política reactiva de bloqueo a una nueva dictadura. En una de sus primeras declaraciones en la presidencia —muerto ya Madero—, Woodrow Wilson afirmó: "no reconoceré a un gobierno de carniceros":

La cooperación es posible allí donde existe el proceso ordenado de un gobierno justo y basado en la ley, no en la fuerza irregular y arbitraria... Veremos de hacer que estos principios sean la base del intercambio respetuoso y fructífero entre nosotros y nuestras hermanas repúblicas. Interpondremos nuestra influencia de toda índole para la realización de estos principios a sabiendas de que el desorden, la intriga personal y el desafío de los derechos constitucionales debilitan y desacreditan a los gobiernos y hieren al pueblo... No podemos simpatizar con aquellos que buscan el poder para la sola satisfacción de sus ambiciones personales. Somos amigos de la paz, pero sabemos también que ninguna paz podrá perdurar en semejantes circunstancias

Sobre estos principios morales y contra la presión de los principales gobiernos europeos y de las compañías norteamericanas establecidas en México, el presidente Wilson se negó siempre a reconocer a Huerta. Finalmente ordenó la ocupación del puerto de Veracruz. La maniobra, que incluyó la captura de un cargamento de armas alemán destinado al ejército federal, duró unos meses y precipitó la caída de Huerta. Como es obvio, la triunfante revolución constitucionalista no podía agradecer un servicio hecho a costa de una invasión, por más leve que pareciese. Wilson el bueno pagaba los platos rotos por Wilson el malo. Con todo, Knight tiene razón cuando dice que la intervención ocurrió contra los deseos profundos del presidente Wilson y que por sí misma es insuficiente para colocarlo en el campo de los auténticos intervencionistas. Había llegado tarde para dar su apoyo a la naciente democracia mexicana, pero a todo lo largo de su mandato, aun en sus días de enfermedad, tuvo la coherencia de no interferir decisivamente en los asuntos de México. Otro presidente en su lugar hubiese desatado

la guerra, sobre todo antes de 1916 y luego de 1919. No faltaron voces poderosas que clamaban por ella. Wilson no las escuchó. Creía que "las fuerzas más grandes de la historia son las fuerzas morales". Esta frase, que podía mover a risa a cualquier realista de la política, tuvo una traducción política benéfica y directa en la relación con México. Por lo demás —concluye Knight:

Wilson no era un moralista simplón obsesionado en dar lecciones a los equivocados mexicanos. Menos aún fue un instrumento de la Standard Oil. La política de Wilson combinaba un cierto moralismo liberal con una *Real politik* de largo plazo: para los individuos como para los Estados Unidos, la moral de corto plazo servía al interés más permanente. A juicio de Wilson, sólo un gobierno representativo podía asegurar la estabilidad política y, con ella, el desarrollo capitalista. Había que apoyar a los gobiernos representativos, en especial en sociedades que luchaban por liberarse de regímenes viejos, corruptos y dictatoriales... Tolerar esos regímenes era, en suma, un doble error: moral y estratégico.

A pesar del éxito relativo de su política hacia México, el ejemplo de Wilson murió con Wilson. Su interés por la democracia liberal y constitucional en Latinoamérica es un caso único en la historia presidencial de los Estados Unidos. Los paréntesis del Buen Vecino y la Alianza para el Progreso tuvieron aspectos positivos y lograron momentos de acercamiento, pero carecieron, en su origen, del espíritu puramente democrático del mensaje wilsoniano.

Muchos años más tarde, reflexionando sobre la falla de Estados Unidos en Cuba, Daniel Cosío Villegas explicó la razón por la que, a su juicio, la Doctrina Wilson —llamémosla así— no prendió. Una doctrina anterior la había vencido: la doctrina del destino (comercial) manifiesto, la supeditación de la política exterior a los intereses comerciales del interior. En el siglo XX las pruebas de su argumento le parecían, y eran, incontestables. Aun en el gabinete del buen vecino Roosevelt había ministros con intereses azucareros en Cuba. Años antes, el presidente Hoover había declarado que sin las exportaciones norteamericanas las "grandes hordas" de Latinoamérica acabarían en la barbarie. Años después, las credenciales jurídico-comerciales de Foster Dulles se esgrimían como garantía de excelencia diplomática. Los otros elementos antidemocráticos de la política exterior norteamericana son archiconocidos: desde el apoyo a dictadores que, como Pérez Jiménez en Venezuela, aseguraran un "clima propicio" a las inversiones norteamericanas, hasta la deliberada política de desestabilizar a un buen número de regímenes democráticamente electos y derrocarlos: de Madero hasta Allende.

Cosío Villegas era un liberal en el sentido clásico, un lector de Stuart Mill. Detestaba a la URSS, admiraba muchas cosas de los Estados Unidos —había estudiado en Harvard y Cornell— y veía en el desenlace cubano un infortunio para Cuba y para toda América. Pero desde su misma convicción liberal y con el ánimo de entender, no de acusar o denunciar, seña-

laba que la raíz del recelo latinoamericano hacia los Estados Unidos estaba en la asociación del hombre público norteamericano con los intereses económicos de las empresas de su país. Esta relación —decía Cosío— es vista "como perfectamente anormal" en todo el mundo menos en los Estados Unidos y "daña de un modo irreparable a su pueblo y su gobierno". Frente al mundo esta actitud tenía un nombre sencillo y antiguo: avaricia. Su efecto generalizado era el rencor y la desconfianza. Cosío Villegas escribía estas palabras con la amargura de un profeta que había vivido lo suficiente para ver realizadas sus visiones. De continuar la actitud norteamericana, había escrito en 1947:

América Latina hervirá de desasosiego y estará lista para todo. Llevados por un desaliento definitivo, por un odio encendido, estos países, al parecer sumisos hasta la abyección, serán capaces de cualquier cosa: de albergar y alentar a los adversarios de Estados Unidos, de convertirse ellos mismos en el más congado de todos los enemigos posibles. Y entonces no habrá manera de someterlos, ni siquiera de amedrentarlos.

La implicación del argumento era que, en su desempeño exterior, la democracia norteamericana ponía los valores morales y políticos que la habían fundado al servicio de intereses comerciales y de ese modo se descalificaba como instancia de emulación. Así, apenas es exagerado arribar a la conclusión de que la democracia más poderosa de América ha sido un obstáculo continuo para la Democracia en América.

#### LIBERALISMO Y TEOSOFÍA

De joven, en su cuarto de estudiante, Woodrow Wilson había colgado un retrato de William Gladstone. Al llegar a la presidencia recordaba las lecciones históricas de la tradición liberal inglesa que Gladstone encarnaba: "La India —había escrito el inglés en 1877— debe ser gobernada por sí misma".

Es hora de que los principios bajen de las heladas alturas de la filosofía política al cálido contacto con la vida diaria, volviéndose reglas de vida práctica que limiten a nuestros agentes de poder... De no ser así, estaremos impreparados para afrontar el futuro inevitable, estaremos impreparados para confrontar el crecimiento de la inteligencia india originado en los procesos de educación política que nosotros mismos hemos introducido en aquel país.

Los procesos de educación política a que Gladstone hacía referencia habrían arrancado desde fines del siglo XVIII con las primeras traducciones de los clásicos sánscritos y persas al inglés y la correlativa adopción del inglés como idioma en las cortes. A principios del siglo XIX se fundó en Calcuta la Hindu College, donde se educarían generaciones de intelectuales, periodistas, abogados y maestros: agentes sociales de la larga transición india hacia la democracia. El avance del siglo vio surgir líderes como Gopal Krishna Gokhale, maestro, editor, paciente reformador social

y político a quien Gandhi consideraba su gurú político. La clave del éxito de Gokhale fue su confianza en la fibra moral del liberalismo inglés. NadaBhai Naoroji, otro de "los grandes viejos" del nacionalismo indio, primer miembro indio de la Cámara de los Comunes, resumió esa convicción básica de la que el propio Gandhi, en el fondo, no se apartó:

El inglés es incapaz de despotismo. En ocasiones puede utilizar, y de hecho utiliza, la mano dura, pero el instinto y el amor por la libertad, el constitucionalismo que nació con él y le es esencial, lo lleva, en situaciones extremas, a abstenirse de utilizar el poder hasta el estigma del despotismo.

Aunque las reformas liberales en la India no condujeron a un autogobierno efectivo y responsable como el que Gladstone hubiera deseado, sus representantes introdujeron dosis permanentes de descentralización administrativa y reformas económicas. La escisión en las filas del liberalismo ocasionado por la cuestión del *irish home rule* y el ascenso del imperialismo impidieron que el ala radical del liberalismo tuviera mayor impacto en la India. Muchos moderados se opusieron al liberalismo democrático de Gladstone que favorecía la autodeterminación en Irlanda y las colonias de ultramar. Con todo, el mensaje influyó en varios virreyes del Raj que de modo paulatino incorporaron representantes indios como miembros en los consejos y las judicaturas.

Uno de los aspectos más fascinantes en la inducción democrática inglesa en la India fue la participación de los teósofos. Un extraño escocés llamado Allan Octavian Hume —oficial retirado, reformador místico y ornitólogo— fue el fundador del Partido del Congreso y su primer miembro inglés. En 1917, varios años después de la teosófica visita a la India de Mme. Blavatsky, su más cercana discípula Annie Besant se convirtió en la primera mujer inglesa en presidir el Congreso Nacional Indio. Mientras esto ocurría en la tierra del de los Vedas, en el otro lado del mundo un místico mexicano, lector puntual del *Bagavad Ghita* —Francisco I. Madero— llevaba su karma democrático hasta el extremo del martirio.

#### LA REGLA DE EDMUND BURKE

Madero fue el Gandhi mexicano. Gandhi, el Madero indio. Aquél apostó —no sin desfallecimientos— al liberalismo latente de la política británica y al hacerlo triunfó. Madero, en cambio, no contó siquiera con el apoyo de los más modestos teósofos californianos. ¿Por qué del mismo tronco anglosajón se desprenden dos actitudes tan distintas frente a la democracia? Un dieciochesco historiador mexicano y un tribuno inglés del siglo XVIII revelan el misterio.

Sin saberlo quizá a ciencia cierta, en su crítica a los Estados Unidos Cosío Villegas repetía, dos siglos más tarde los argumentos de Edmund Burke en su célebre querrela contra la East India Company. Hacia 1780, Burke compiló una cantidad tal de evidencias sobre la arbitrariedad de la Compañía que la House of Commons inició un juicio contra su principal ar-

quiteo, Warren Hastings. Para describir el régimen "opresivo, irregular, caprichoso, inestable, rapaz, despótico y corruptor" de la Compañía, Burke resumía su condena en tres proposiciones:

Primera: no hay en la India un solo príncipe o estado, grande o pequeño, relacionado con la Compañía, que ésta no haya corrompido... Segunda: no existe un solo tratado que hayan hecho sin después romperlo... Tercera: no hay un solo estado o príncipe que, habiendo confiado en la Compañía, no se encuentre ahora completamente arruinado. Nadie tiene certeza alguna de florecer si no es en la exacta medida de su profunda desconfianza e irreconciliable enemistad hacia Inglaterra.

El corazón del argumento era simple. Burke reconocía la carta de derechos comerciales de la Compañía pero se negaba a equipararlos o supeditarlos a los de la nación y, menos aún, a los derechos naturales del hombre. Para probarlo se vio precisado a invocar el mismísimo pacto original de la sociedad inglesa:

La Carta Magna es un derecho para restringir el poder y destruir el monopolio. La carta de la East —India le da derecho a establecer un monopolio y crear poder. El poder político y el poder comercial no son derechos del hombre.

Apenas hay que recordar que el autor de estas líneas escribiría pocos años después la más severa condena de la Revolución Francesa. Su querrela no era contra el derecho de propiedad sino contra el imperialismo político del derecho de propiedad.

Ninguno de los dos imperios —Inglaterra en el siglo XIX, Estados Unidos en el XX— se guió jamás por motivos filantrópicos pero, en el caso del primero, la vieja filosofía política que lo había fundado introducía un factor de limitación, responsabilidad y equilibrio. Gracias a esa filosofía, en el mapa del antiguo imperio británico hay una constelación de democracias. Es esa filosofía la que invocó Burke en su querrela de la India, la misma que lo había impulsado a defender, años antes, la independencia de las colonias americanas. En la naturaleza de esa filosofía estaba el deber de propagarla. En un célebre discurso de 1833 en el Parlamento, T.B. Macaulay había declarado:

Podrá ocurrir que el espíritu público en la India se expanda bajo nuestro sistema hasta superarlo; que a través del buen gobierno podamos educar a los indios para el auto gobierno; que al haber sido educado en la cultura europea pudieran adoptar, en un futuro, las instituciones europeas. No sé si llegará el día en que esto ocurra, pero si llega será el de mayor orgullo en la historia inglesa.

Luego de muchos siglos de vivir la democracia como el arte de limitar el poder, los ingleses comprendieron la necesidad de limitar su propio poder:

Entre las precauciones contra la ambición, —escribió Burke— quizá valga la pena tomar una precaución contra nuestra ambición. Con toda franqueza debo decir que temo nuestro propio poder y nuestra propia ambición. Tememos que seamos demasiado temidos.

Por contraste, la historia norteamericana desconoce la noción de límites y el orgullo de la propagación democrática aplicados más allá de sus fronteras. En su historia intelectual no hay un Burke o un Macaulay y en su historia política hay apenas un Gladstone.

El círculo se cierra. Los obstáculos que afrontará Estados Unidos en su propósito de propagar legítimamente la idea democrática están señalados en la propia tradición filoseñora anglosajona. Para formular la nueva Carta Magna de la democracia panamericana, los gobiernos norteamericanos deberán imponerse y proponer a los demás, la Carta Magna original, la que los nobles impusieron al Rey Juan en tiempos de los castillos.

#### BIBLIOGRAFÍA

Knight, Alan: *U.S. - Mexican Relations, 1910-1940: An Interpretation*, Monograph Series, 28, Center for U.S. - Mexican Studies, University of California, San Diego, 1987.

Link, Arthur S.: *Woodrow Wilson and the Progressive era 1910-1917*, Harper, New York, 1954.

Link Arthur S.: *Wilson: The Road to the White House*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1947-1966. Volume I: *The Road to the White House*, II: *the New Freedom*, III: *The Struggle for Neutrality 1914-1915*, IV: *Confusions and Crises 1915-1916*, V: *Campaigns for Progressivism and Peace 1916-1917*.

Link, Arthur S., Editor: *Woodrow Wilson and a Revolutionary World 1913-1921*, the University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982.

Moore, R.J.: *Liberalism and Indian Politics 1872-1922*, Edward Arnold Publishers, London, 1966.

Quirk, Robert E.: *An Affair of Honour: Woodrow Wilson and Occupation of Veracruz*, W.W. Norton and Company, New York, 1967.

"History of the Indian Subcontinent": *Encyclopaedia Britannica*, 15a. ed., tomo 9.

Costo Villegas, Daniel: *Ensayos y notas*, Editorial Hermes, 1966

Huizinga, Johan: *America*, Harper, 1972

Hale, Charles: *Mexican Liberalism in the Age of Mora, 1821-1853*, Yale University Press, 1968.

Cruise O'Brien, Conon: "The Manifesto of a Contrarrevolution" en Edmund Burke: *Reflections on the Revolution in France*, Penguin, 1983.

Katz, Friedrich: *La guerra secreta en México*, tomo I, Era, 1982.

